

ciosas. Basta lo expuesto para colegir el valor secundario de la obra que se comenta.

Juan Manuel de Rosas no es un libro maño que menoscabe la reputación literaria de don Carlos Ibarguren, ni afee el cuadro de la historiografía nacional, pero está muy por debajo de la eminencia a que lo elevó el veredicto de un jurado cuyo origen explica la razón de su sentencia. — *Romeo Pappolla*.



« LOS ANIMALITOS DE DIOS »

POR CARLOS B. QUIROGA

Araña. — ¿Qué lee señora Vizcacha?

Vizcacha. — El último libro de Carlos Quiroga.

A. — ¡Qué tarde, señora! Yo lo leí antes que lo premiaran.

V. — ¡Qué temprano, señora Araña! Yo no leo sino los grandes libros, los libros premiados.

A. — Pues hace Vd. mal. Son los únicos libros que no se deben leer.

V. — Tal vez tenga Vd. razón señora Araña. ¿Le gustó el libro?

A. — A decir verdad, prefiero ir al cine a ver las figuras animadas de la selva. Eso sí que es bueno: son figuras y animadas. Los que imitan al cine sólo consiguen hacer figuras... pero no animadas.

V. — Respira Vd. por la herida, señora Araña.

A. — Es cierto, en el libro de Quiroga resultó poco decente, pero... allí ningún animal se parece a sí mismo.

V. — El coyuyo, señora Araña.

A. — No le hizo hablar y no pudo equivocarse. Debe haber notado Vd. que están lejos de decir lo que piensan esos « Animalitos de Dios ».

V. — No hable tal mal señora Araña, mire que los perros...

A. — ¡Qué gracia!, son animales amaestrados, y a los animales amaestrados el hombre les hace hacer animaladas.

V. — Sucede lo mismo que con los hombres, señora Araña.

A. — ¿Y Vd. está conforme, se ha reconocido en ese libro, señora Vizcacha?

V. — En fin... le diré: no se le puede negar al señor Quiroga el ser un gran conocedor de las tierras de su provincia.

A. — Dejemos eso de lado, y contésteme en qué se parece Vd. a las Vizcachas del cuento.

V. — En que soy filósofa.

A. — Tiene razón, eso es verdad. Pero yo creo que las Vizcachas no se comportan como los hombres.

V. — ¡Claro que sí! Nosotros no razonamos ni filosofamos como los hombres. Nosotros tenemos nuestro lenguaje, nuestro sistema filosófico y nuestras costumbres muy distintas: somos vizcachas.

A. — Eso también debió advertirlo el señor Quiroga, pero él tenía que poner en boca suya las cosas que sabía: por eso inventó desde una vizcacha Tirteo hasta una Mesías y no se le ocurrió hacer un evangelio vizcacheril porque tenía a mano las frases bíblicas que aprendió siendo niño.

V. — Es denigrante, señora Araña. Nosotros no somos ingenuas como los hombres.

A. — Los hombres tampoco lo son. Algunos hombres sí, como el señor Quiroga que apunta reflexiones para un colegial simple y no para nosotras, ni tampoco para el común de los hombres.

V. — También se le ocurrió un cabildo abierto, acordándonos un espíritu patriotero que no poseemos y hasta un lamentable himno nacional de las vizcachas.

A. — Eso, en buena literatura, se llama «parodia». Habrá notado que pretende ridiculizar a los hombres.

V. — Pero tiene razón cuando se ríe de los sabios. Mire Vd. cómo hablaban de las vizcachas.

A. — Desengáñese señora Arana, ellos no eran sabios por haber hablado de las vizcachas. Son sabios por que sus teorías revolucionan la ciencia. Lo que antes se tenía por cierto, pasa a ser error y se mantiene esa idea hasta que se demuestra lo contrario.

V. — Pero en lo que dice de las vizcachas, tiene razón.

A. — El señor Quiroga puede escribir un libro verídico sobre la vida de las vizcachas y el mundo científico no se perturbará y a nadie se le ocurrirá calificar de «sabio» a su autor.

V. — Es Vd. mordaz.

A. — Es Vd. ingenua y vanidosa. Se siente halagada porque le dedican cuatro capítulos de tal libro.

V. — ¿Ha conversado Vd. con el señor León?

A. — Me guardaré muy bien de hacerlo, pues debe estar furioso.

V. — No sé por qué...

A. — ¿No leyó acaso las páginas que les dedica Quiroga? Los leones que allí figuran son o unos viejos cobardes e inútiles, o unos jóvenes que todo lo quieren para sí. Son unos leones «legionarios».

V. — El Cóndor parece que tampoco leyó la obra.

A. — Se equivoca: no olvide que el Cóndor es imperturbable. Leyó, recordó la influencia de aquel otro cóndor de Joaquín González, cerró el libro y se lanzó a volar.

V. — El señor Cóndor no se puede quejar porque le dedica unos párrafos muy inspirados.

A. — Sí, muy románticos, pero del antiguo romanticismo; tienen sabor a siglo pasado.

V. — Los pájaros sin embargo...

A. — ¡Ja, ja! Se queja el bueno del autor porque nadie ha cantado a los pájaros en la forma que ellos se merecen y él les consagra un capítulo lírico con citas del derecho romano.

V. — Es una metáfora.

A. — Muy lírica quizás... ¿No es eso?

V. — Su lirismo está en la expresión.

A. — Y su expresión es simbolista. Los rípios allí se han dado cita y nos ofrecen una extraña melodía.

V. — Sin embargo Quiroga habla mal de todo, menos de los animales.

A. — En eso es genial.

V. — ¡Claro! Como que por eso le premió el jurado.

A. — No, amiga, fué una fácil equivocación. Envió su libro para que lo adaptasen como texto de lectura y, en cambio, lo agraciaron con diez mil baratarases.

V. — ¡Qué suertudo!

A. — Después el libro se difundirá en todo el país, porque se trata de un libro folklórico y, como Vd. sabe, hay que conservar las tradiciones con esas buenas lecturas que sirven para resucitar añejas y venerables costumbres. Luego la Comisión Protectora de Bibliotecas Populares lo adquirirá y las escuelas lo instituirán como premios a los mejores alumnos.

V. — Cállese, amiga, vea quienes vienen: don Facundo Cubas y don Facundo Oviedo, viejos amigos de Quiroga.

A. — Sí, tiene razón, callémonos, no vayan a tentarse con el premio y publiquen ellos también libros inspirados en «Los Animalitos del Diablo». Aunque, acaso, los de éstos sean menos que los del otro... — *María I. Cárdenas.*



LAS AVENTURAS DE LA NIÑA NEGRA QUE BUSCABA A DIOS (*)

POR BERNARD SHAW

Escritas con la característica jovialidad de Bernard Shaw —quien, no obstante sus 77 años, apenas si ha perdido el centelleante ingenio de sus más sólidas producciones— *Las aventuras de la niña negra que buscaba a Dios* vienen a encumbrar una vasta serie de obras suyas selladas todas con la misma preocupación por el problema de Dios, del Hombre y del sentido en que ambos obran. Se trata de un jugoso cuento en el que Shaw

(*) *The adventures of the black girl in her search for God.* Constable, London, 1932.